

hipótesis que es la consecuencia lógica de experiencias dadas, pero que no puede comprobarse? ¿Qué autoridad posee una creencia que no puede derivarse de la experiencia, pero que no la contradice? Comte pasa por alto cuestiones de este género, que son en extremo importantes para las relaciones de la ciencia y del concepto de la vida.

Comte no establece, á decir verdad, límites absolutos entre los diferentes estados, aunque no da un relieve suficiente á la unidad del pensamiento humano en todos los estados. No pensaba que el estado teológico estuviese absolutamente desprovisto de elemento positivo. La influencia de la experiencia se ha afirmado siempre; pero mientras el círculo de las experiencias fué reducido, esta influencia no ha podido ser capital. No obstante, la fuerza estimuladora de la experiencia es la que se manifiesta en los principios metafísicos. Estos representan, en efecto, grupos de experiencias que se querria sustraer á lo arbitrario mitológico. La metafísica sistematisó, como dice Comte (*Discurso sobre el espíritu positivo*, pág. 36), la oposición de la ciencia naciente contra la antigua teología. El factor positivo había concurrido ya á hacer pasar del fetichismo al politeísmo, y del politeísmo al monoteísmo. Mientras que el *espíritu positivo* no estuvo bien desarrollado era incapaz de formular sus propias tendencias, y empleaba por esta razón la metafísica como órgano. Así el conocimiento avanza por transiciones sucesivas. Comte no esperaba en manera alguna, al comienzo de su carrera, alcarzar le madurez completa y el dominio universal del *espíritu positivo*. Escribe a Valat el 30 de Marzo de 1825: «Aunque yo espero alguna utilidad de mis esfuerzos, no me oculto que no podrían producir en vida ningún resultado sensible, aun cuando determinasen un impulso general en todos los espíritus capaces de participar eficazmente en esta gran obra, lo cual solo el porvenir me lo dirá.» Más tarde, cuando, bajo la influencia de su higiene cerebral y de la profundización mística de sus ideas, hubo perdido toda inteligencia de lo que pasaba á su alrede-

dor, tuvo á este respecto una persuasión cada vez más viva y más móvil.

Comte, ya concediese más importancia al carácter negativo del segundo estado ó á su cualidad de término medio necesario, tenía la convicción de que el combate decisivo en el mundo moral se libraría entre el catolicismo y el positivismo. En diferentes ocasiones manifiesta el deseo, en sus cartas á Stuart Mill, de ver entablarse una discusión directa entre estas dos tendencias, con exclusión del protestantismo, del deísmo y de otras formas intermedias ilógicas. Era para él un signo de la época y que decía mucho, que los católicos viniesen á pedir la libertad de enseñanza, mientras que la escuela «metafísica» (Cousin, Guizot, Thiers, Villemain), exigía la conservación del monopolio de Estado. Las dos escuelas habían renegado así de su principio; la primera, del principio de autoridad; la segunda, del principio de la libertad. Pero tenía la esperanza, si la discusión y la enseñanza se hacían libres, de que los temores de la escuela metafísica se realizasen, mientras que el catolicismo haría frente á un adversario que aún no conocía. Solamente lamentaba que los representantes del catolicismo desde De Maistre se hubiesen hecho más insignificantes. Se explicaba muy bien que las oposiciones se acentuasen cada vez más y que la ortodoxia católica se hiciese cada vez más rígida y sistemática, desde que el movimiento revolucionario había anulado su tendencia á erigir el desenvolvimiento moral y social sobre una base muy distinta que la de la autoridad. Contra estas perspectivas radicales, De Maistre ha enseñado que el ultramontanismo es el único sistema religioso lógico, y ha conseguido destruir el galicanismo, cuya suerte compartirán otras concepciones intermedias. Así Comte se regocija de ver á su amigo Valat entrar completamente en el catolicismo puro durante una crisis religiosa, sin detenerse en un punto de vista intermedio, aunque en la hermosa carta que escribió á este propósito al mismo Valat (25 de Agosto de 1843), no ocultase sus dudas. Se preguntaba si el catolicismo podía dar ahora la paz

y la armonía que había podido conceder en su era clásica y los que habían poseído el desarrollo intelectual y moral más grande de la época. Señala en particular á este respecto los escrúpulos que le causa el dogma de la condenación eterna de los mismos que practican la moralidad más elevada, pero que rechazan todo artículo de fe, dogma indispensable al conjunto del organismo católico.

c)—*La clasificación de las ciencias.*

Por filosofía, Comte entiende el sistema íntegro de los conceptos humanos. Esta sistematización puede producirse, como hemos visto, de tres maneras. Hasta ahora son los métodos teológico y metafísico los que han reinado; Comte cree ser el primero en emprender la sistematización conforme al método positivo, es decir, conforme al mismo método que aquel según el cual se adquieren los conceptos ó las leyes en las ciencias particulares. La filosofía positiva tiene por objeto agrupar y ordenar las leyes derivadas de los hechos. Al combinar de esta manera lo que aparece diseminado en las diferentes ciencias, trata de remediar los inconvenientes resultantes de la división del trabajo en el dominio del conocimiento. Comte considera como vana la tentativa hecha para reducir todas las leyes particulares á una sola, tentativa que la filosofía teológica y la filosofía metafísica habían llevado á cabo cada una á su manera. Si eso fuese posible, la filosofía positiva llegaría á ser seguramente más perfecta; pero la experiencia se opone á ello, puesto que ofrece diversidades irreductibles. La unidad de la filosofía positiva no consiste en que todas las leyes se reducen á una sola; aparece, al contrario, distintamente en el método común cuya aplicación se revela siempre posible, y que, á despecho de las diversidades irreductibles, deja entrever la homogeneidad de las diferentes clases de los fenómenos. A cada una de estas clases corresponde una ciencia particular, y la clasificación de las ciencias se convierte por esta razón en la tarea más importante de la filosofía.

La clasificación de las ciencias de Comte coloca éstas según el orden en el cual cada una de ellas ha entrado históricamente en el estado positivo. En primer lugar, vienen las matemáticas, luego la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología. Este orden nos muestra al mismo tiempo un tránsito progresivo de la *simplicidad* á la *complejidad* de los fenómenos considerados. Cuanto más simple es el contenido de una ciencia, más rápidamente podrá recorrer los diferentes estados; más complicados son los fenómenos que se examinan; más tiempo se necesitará para salir del período de incubación. Por eso la biología y la sociología son las últimas de la serie. Cuanto más sencillas son las relaciones sobre las cuales versa una ciencia, más *valor universal* poseerá, porque las relaciones simples aparecen ya en las relaciones compuestas. Las matemáticas se aplican á todos los fenómenos, y las ciencias más concretas, la biología y la sociología, poseen el *dominio más reducido*. (Comte hubiera podido ver ya las relaciones de la «generalidad decreciente» con la «complejidad creciente» en la regla lógica de las relaciones inversas entre la comprensión de los conceptos y su extensión.) Por último, los métodos de las diferentes ciencias ofrecen también un orden correspondiente. Cuanto más simple y universal es el fundamento de una ciencia, más preponderancia tiene el método *deductivo* sobre el método *inductivo*. Así las matemáticas son la ciencia más deductiva y la sociología la ciencia menos deductiva. En sociología, la demostración de la marcha del progreso histórico es lo que tiene más importancia; una vez explicada ésta por el método inductivo, se trata de deducirla de la naturaleza humana, como el mismo Comte ha intentado al establecer la ley de los tres estados. El fundamento inductivo de las matemáticas es tan sencillo, que muchas veces se le desdeña y se consideran las matemáticas como una ciencia puramente racional. Pero no hay ciencia puramente racional. Las matemáticas mismas son una ciencia de la naturaleza; sus conceptos provienen de la experiencia tanto como los de las demás ciencias. Pero los

hechos sobre los cuales versan las matemáticas son tan sencillos, que pueden considerarse tan fácilmente en la imaginación como en la realidad y se puede hacer abstracción de las propiedades físicas y químicas de los cuerpos. El número, la extensión y el movimiento son propiedades que podemos representarnos tanto en un ambiente indeterminado, que contenga todos los cuerpos del universo, como en los cuerpos reales. Eso es lo que explica la independencia aparente de las matemáticas respecto á la experiencia. Fundándose en las imaginaciones del espacio y del número, las reducciones matemáticas pueden desplegarse independientemente de la experiencia. Si las matemáticas no tuviesen ningún fundamento empírico, sería absolutamente imposible comprender cómo las deducciones matemáticas pueden aplicarse al estudio de la naturaleza real. Entre el método casi puramente deductivo de las matemáticas y el método casi puramente inductivo de la sociología, hay los otros métodos principales, correspondiente cada uno á su ciencia principal. Por la astronomía, que utiliza hipótesis establecidas deductivamente y comprobadas por la observación, llegamos al método experimental de la física, al método de clasificación racional de la química y al método comparado de la biología, formando esta última la transición que conduce al método histórico de la sociología.

Comte considera como irreductibles los seis grupos de conceptos ó de leyes que establece de esta manera en su *Curso de filosofía positiva*. El tránsito de una esfera á la esfera próxima un salto; entra en vigor un nuevo principio que no puede derivarse del principio anterior. A los ojos de Comte, es materialismo querer derivar la ciencia superior (es decir, más compleja, más limitada é inductiva) de las ciencias inferiores. Del mismo modo no se puede hacer de ningún grupo aislado el grupo que lo comprenda todo. Y encuentra en cada uno de los seis grupos de conceptos fundamentales la misma discontinuidad que reina, según él, entre estos grupos. Así sostiene que las diferentes ramas de la física permanecerán

siempre separadas unas de otras. El concepto de especie perdería por completo su significación científica, dice Comte, si se quisiese convenir en transformaciones de una especie á otra operadas por el influjo de las condiciones exteriores de existencia. Sostiene en particular, que hay entre el reino vegetal y el reino animal «una discontinuidad real y profunda, que no puede borrarse absolutamente por ninguna transición».

Comte nos ofrece aquí un ejemplo instructivo de la manera con que ciertas corrientes de ideas pueden transformarse en sus contrarias. La diferencia de la filosofía positiva y la filosofía metafísica debía consistir en que ciertas leyes ocupan el lugar de las ideas ó el de las fuerzas, y en que ciertas explicaciones relativas se sustitúan á las explicaciones absolutas. Pero Comte mismo establece un mundo de ideas platónicas por sus grupos irreductibles de conceptos. Concibe la discontinuidad demasiado dogmáticamente en lugar de considerarla como un simple hecho, que no proviene acaso más que de la imperfección de la ciencia. Al acentuar la discontinuidad, opone categóricamente su positivismo al romanticismo alemán, que aspiraba á resolver todas las diferencias en una continuidad ideal. La ciencia, como lo confiesa Comte, tiene por objeto incesante reducir las diversidades, las soluciones de continuidad de los fenómenos al minimum posible. Así, pues, toda discontinuidad no puede señalar más que un límite provisional. Por lo demás, el desenvolvimiento ulterior de la ciencia precisamente durante el período que comienza al acabar la obra capital de Comte (hacia 1840) ha permitido demostrar ó suponer la continuidad allí donde Comte le había tenido por imposible. Así la ley de conservación de la energía, y en particular la teoría del calor concebido como una forma del movimiento y la demostración de la identidad de la luz y de la electricidad, hacen entrever la unidad de la naturaleza, para la cual Comte no encontraba lugar en su sistema. En el dominio orgánico la hipótesis de la evolución ha conducido á la hipótesis bien fundamentada de que las

especies no son más que estadios ó ramificaciones de procesos seguidos; especialmente cada vez se ha hecho más difícil fijar fronteras nítidamente marcadas entre el reino animal y el reino vegetal. Comte se declaró ya contra la hipótesis evolucionista, tal como se presentaba entonces (en la forma dada por Lamarck) y sus discípulos (Carlos Robin, Littré) fueron más tarde sus adversarios encarnizados. Se puede decir, sin prejuzgar la cuestión, que las relaciones de la continuidad con la discontinuidad se han revelado más complicadas de lo que Comte se figuraba en su filosofía.

La unión de los diferentes dominios consiste, según Comte, en que siendo más sencillo y más universal, el dominio anterior está en el fondo del dominio siguiente más complejo y más especial (aun cuando este último no pueda derivarse del primero). Las matemáticas son la ciencia más abstracta y más universal, y en las matemáticas, la aritmética es á su vez más simple y más universal que la geometría y la mecánica; por eso es la base racional del sistema entero de nuestro conocimiento positivo. Comte no ha visto aquí que hay conceptos fundamentales de nuestro conocimiento que son aún más sencillos y más universales que el concepto de número, á saber, los conceptos de identidad y de diversidad, tales como se conciben en lógica: no solo como identidad y diversidad de las magnitudes, sino como identidad y diversidad de las cualidades. En la serie de las ramas del conocimiento, Comte no ha reconocido, pues, el primer término. Además, tropieza con una dificultad, cuando enseña que la geometría y la mecánica (que por la abstracción y la universalidad vienen inmediatamente después de la aritmética) son válidas para todos los fenómenos; la primera, cuando trata de los fenómenos en equilibrio (desde el punto de vista estático); la segunda, cuando trata de los fenómenos en movimiento (desde el punto de vista dinámico). La extensión y el movimiento son solamente fenómenos materiales, y no formas de los fenómenos espirituales, y como Comte mismo rechaza el materialismo porque esta doctrina introduce los

puntos de vista de la ciencia inferior en la ciencia superior, y porque no solo quiere demostrar que el hombre depende del mundo, sino que aspira á *hacerlo derivar* del mundo, la ciencia de los fenómenos del espíritu no está en su lugar en la clasificación de las ciencias de Comte, según la cual toda ciencia anterior debe ser válida para las ciencias siguientes más particulares. La lógica y la aritmética son válidas directamente, tanto para la ciencia de los fenómenos del espíritu como para la ciencia de los fenómenos materiales; pero no se podría decir otro tanto de la geometría y de la mecánica, mientras no se considere, como el materialismo consecuente, los fenómenos de conciencia simplemente como extensos en el espacio. La clasificación de las ciencias no es cosa tan sencilla como Comte suponía. Su sistema presenta aquí una dificultad análoga á la que hemos señalado ya en Hobbes en la primera parte de esta obra. Comte mismo no quería confesarlo. No considera la psicología como una ciencia particular y, por esta razón, no le adjudica un puesto independiente. Niega la posibilidad de la observación del *yo*. Se observan, dice, todos los fenómenos con el espíritu (1); pero

(1) Comte aborda por primera vez el problema de la posibilidad de la observación del yo en las *Cartas á Valat*, pág. 89. (Carta del 24 de Septiembre de 1819). En su artículo *Examen del tratado de Broussais sobre la irritación* (1828) (reproducido en la interesante colección *Opúsculos de filosofía social*, París, 1883, que contiene los trabajos más considerables de Comte antes de la publicación del *Curso de filosofía positiva*), alaba á Broussais por su polémica contra la observación, y nota: «se pueden observar los sentimientos cuando no son demasiado violentos, porque dependen de otro órgano que la observación; pero la propia actividad intelectual no se puede observar, porque entonces el observador y el objeto serían idénticos, ¿y qué haría entonces la observación? Lo que ha valido tantas adhesiones á la psicología subjetiva durante los diez últimos años (antes de 1828), es, dice, la crítica legítima de la ideología establecida por Condillac y Helvecio que considera nuestro conocimiento como el simple producto de influencias exteriores, sin tener en cuenta la necesidad de las disposiciones interiores; pero esta crítica ha sido mejor hecha por Bonnet y Cabanis, y, sobre todo, por Gall y Spurzheim» (*Opúsculos*, páginas 293-296.) En el *Curso de filosofía positiva* (I, pág. 32 y siguientes; III, pág. 564; I, pág. 605, 2.^a edic.), reanuda su polémica

¿con qué se observa entonces el espíritu? No puede uno dividir, sin embargo, su propio espíritu en dos partes, una de las cuales obra, mientras la otra examina cómo lo hace. No obstante, Comte concede que los sentimientos se dejan observar más fácilmente que el pensamiento, porque tienen otro órgano. Nuestras actividades intelectuales deben ser estudiadas en sus productos y en sus resultados, ó por medio de los órganos á los cuales están ligadas. En lugar de establecer la psicología como ciencia independiente, Comte reparte las investigaciones psicológicas entre la biología y la sociología. Por sí sola la biología no reconocería suficientemente el hecho de que la vida moral del individuo está determinada por la influencia de la historia y de la sociedad. Comte quiere, pues, que la vida mental se estudie de una manera puramente objetiva. Era meritorio acentuar tan enérgicamente la necesidad del método objetivo por oposición á la psicología puramente subjetiva y espiritualista de Cousin y de Jouffroy. Pero Comte no veía que en realidad el método subjetivo existe siempre en el fondo del método objetivo, y de una manera general, no ha hecho justicia á la originalidad de los fenómenos de conciencia. De ordinario, hace resaltar la discontinuidad más de lo razonable, mientras que aquí la señala demasiado poco. Como se ha indicado, su sistema de clasificación tropezaría con otra dificultad si estuviese señalado el carácter cualitativo de los fenómenos de conciencia; destruirían el orden de sucesión, puesto que, aun cuando sean en sí simples y elementales, se asocian efectivamente á los fenómenos materiales más complejos. ¿Serían establecidos en primero ó en último lugar? Comte lleva la contraria, no solo

ca contra la observación personal, haciendo notar al mismo tiempo que un análisis elemental no puede aplicarse al más complicado de todos los fenómenos. Al admitir que la observación del yo es posible respecto á los sentimientos, da una prueba práctica de ello en una de sus cartas á Valat, donde analiza los motivos que existen en el fondo de su actividad de escritor (28 de Septiembre de 1819). Para toda la cuestión remito á mi *Psicología*, I. (Traducción de la *Biblioteca Científico-filosófica*.)

al espiritualismo, sino también á la psicología de Condillac, á quien censura por concebir el individuo como absolutamente aislado y no tener en cuenta más que las influencias exteriores, sin cuidarse de las condiciones internas. El individuo aislado es una abstracción escolástica; solo la especie es una realidad. Desde el punto de vista biológico, Comte consideraba que la obra más importante había sido realizada por la fisiología del cerebro de Gall, abstracción hecha de su teoría de las localizaciones mal preparadas. Sin duda es menester reducir mucho el número de las disposiciones fundamentales del espíritu admitidas por Gall; pero no se podrían admitir menos de diez; él mismo preferiría establecer de diez á quince. (*Cartas á Stuart Mill*, pág. 51-55.) Gall ha sido el primero en hacer entrar el estudio de las funciones intelectuales y morales en el estado positivo y en afirmar la importancia de las disposiciones internas. Esta admiración hacia Gall está en oposición con la propia noción que se forma Comte de las relaciones del estado metafísico y del estado positivo; porque la teoría de las disposiciones morales de Gall presenta todos los caracteres de la «metafísica». Si alguien pregunta cómo Comte hace concordar la existencia de diez á quince disposiciones particulares con la unidad de la vida mental, Comte responde que esta unidad no es original, sino adquirida; que se basa en la armonía que existe entre las diferentes inclinaciones y las facultades del hombre. (*Curso*, III, pág. 545.) El problema de las relaciones entre la discontinuidad y la continuidad se extiende hasta la vida mental y se presenta aquí de una manera que exigiría un examen especial; pero Comte no procede á este examen, porque escinde la psicología en una parte biológica y en una parte sociológica, sin que las cuestiones psicológicas centrales puedan producirse. En este punto, Comte es completado por la escuela inglesa moderna, que concede, precisamente, una importancia particular á la psicología.

d)—*Sociología y ética.*

Más de la mitad de la obra principal de Comte (los tres últimos volúmenes, que son también los más compactos) trata de la ciencia social, la sociología (como la llama con una palabra creada por él, que ha hecho fortuna á pesar de todos los escrúpulos filológicos). Comprende una parte esencial de la psicología, toda la economía política y la ética, así como la filosofía de la historia. Del mismo modo que Comte protesta contra la tendencia á tratar la psicología del individuo sin tener en cuenta el desenvolvimiento espiritual de toda la especie, igualmente protesta contra la tendencia á aislar la economía política y la ética de la sociología general, y el desenvolvimiento ulterior de estas ciencias le ha dado razón en eso (1). Y ni la psicología, ni la economía política, ni la ética, se pueden tratar si no se tiene en cuenta el hecho de que el progreso humano está determinado por la historia. En todos los diversos dominios científicos, Comte señala las relaciones de la estática y de la dinámica. El mundo es considerado estáticamente en la geometría, dinámicamente en la mecánica. En física y en química, las fuerzas se consideran primero en equilibrio, luego en actividad. En el dominio orgánico, la estática está representada por la anatomía, que estudia la estructura de los órganos; la dinámica por la fisiología, que estudia las funciones. En la sociología hay, por una parte, una estática social, que estudia las condiciones constantes de la existencia de la sociedad, y, por

(1) Habiéndole hecho conocer Mill su proyecto de escribir una economía política, Comte declaró que, aunque perteneciese, á decir verdad, á la sociología, la economía política puede ser útil aparte de aquélla, tratada aisladamente, sobre todo, cuando un cerebro tan poderoso como el de Mill se decide á trabajar en ella. *Lettres á Stuart Mill*, pág. 231, 254 y siguientes. Véase, por el contrario, el *Cours de philosophie positive*, 2.^a edición, IV, página 255. «Todo estudio aislado de los diversos elementos sociales es, pues, dice, por la naturaleza de la ciencia, esencialmente estéril, á ejemplo de nuestra economía política, aunque fuese mejor cultivada.»

otra, una dinámica social, que tiene por objeto el estudio de las leyes del desenvolvimiento progresivo de la sociedad: la idea fundamental de la primera es el orden; la de la segunda, el progreso. Estática y dinámica están estrechamente unidas, porque el orden y el progreso se condicionan recíprocamente, lo cual no han sabido entender ni la escuela reaccionaria, ni la escuela revolucionaria.

2) *Estática social.*—La sociedad constituye un todo, cuyos elementos están en la reciprocidad de acción más íntima, tanto que ninguno de ellos puede modificarse sin que un número mayor ó menor de los otros sufran un cambio correspondiente. Así, por ejemplo, la constitución política y social está enlazada íntimamente al conjunto de la civilización. Hay una unión íntima entre las ideas, las costumbres y las instituciones, y ninguna autoridad (sea revolucionaria ó reaccionaria) puede llegar á un resultado, imponiendo á las masas instituciones que no corresponden á las ideas y á las costumbres reinantes. Naturalmente, las instituciones influyen á su vez sobre las ideas y sobre las costumbres; pero este efecto, en cambio, supone un lapso de tiempo sin disturbios y se presenta, especialmente, en la infancia del género humano. Las ideas y las costumbres obran también unas sobre otras. Las instituciones políticas tienen por objeto regular el fondo común de la vida, que se ha constituido involuntariamente durante el progreso intelectual, moral y físico de la humanidad. Los elementos que tienen más importancia en el curso de este desenvolvimiento acabarán por reinar sobre la sociedad. La autoridad se basa sobre una cooperación espontánea, y no á la inversa.

La *ética*, considerada bajo uno de sus aspectos esenciales, ocupa un puesto en la estática social. Las leyes éticas expresan la solidaridad de toda vida humana. Esta solidaridad se descubre involuntariamente cuando los hombres obedecen á su instinto social. Es contradictorio explicar la formación de la vida de sociedad por el hecho de que el hombre ha calculado la ventaja que sacaría de vivir con otros. El provecho no

puede ser visible si la asociación no ha tenido una duración bastante larga; no puede, pues, ser el motivo primordial de una comunidad de vida real. Comte se opone aquí á la explicación, frecuente en el siglo XVIII, que se tenía al cálculo hábil de los individuos aislados. Según él, se manifiesta en un principio un impulso instintivo hacia la vida social, independiente del cálculo personal; como en todo lo demás, el sentimiento precede aquí al conocimiento. En virtud de esta concepción, Comte es, según su propia declaración, discípulo, ya de Hume y de Adam Smith (1), que le hicieron sobreponerse á la teoría ordinaria del egoísmo, ya de Gall, que creía en ciertos órganos cerebrales de los instintos sociales. Los primeros preludios de la tendencia social, Comte los encuentra en ese grado del reino animal en que los sexos están separados y en que se muestra cierta solicitud por la descendencia. Pero aun en el hombre las inclinaciones egoístas tienen al principio preponderancia sobre las inclinaciones sociales, que Comte llama altruismo (de *alter*, otro) para caracterizar su oposición categórica con el egoísmo. El interés personal tampoco debe ser anulado por completo. El altruismo se convertiría en un amor vago y estéril, si no quisiese reconocer la necesidad de las satisfacciones individuales tanto en los de-

(1) Vid. *Cours de philosophie positive*, 2ª edic., IV, pág. 392. Además, en las *Lettres á Stuart Mill*, pág. 121: «esta noble escuela que... fué seguramente la más adelantada de todas las del siglo pasado»; pág. 275: «á la escuela escocesa, y no como muchos otros, á la escuela germánica, es á la que yo he debido las primeras rectificaciones, á la vez morales é intelectuales, propias de lo que se llama la escuela francesa: no olvidaré jamás cómo mi primera evolución ha sido primeramente acreedora, sobre todo, á algunas luminosas inspiraciones de Hume y de Adam Smith.» (Por escuela escocesa entiende, evidentemente, toda la tendencia determinada por Hutcheson y Shaftesbury, y no lo que se llama escuela escocesa en el sentido estricto de la palabra: Reid y sus sucesores). Séanos permitido insertar aquí esta observación: que el concepto fundamental de que yo parto en mis diversos escritos éticos, se ha desarrollado, especialmente, en mí durante mi estudio de Comte, lo cual atestiguará, por lo demás, mi disertación titulada: *El fundamento de la ética humana*.

más como en el individuo mismo. Importa que el instinto egoísta se subordine, y eso se lleva á efecto por el desenvolvimiento sucesivo de la inteligencia y de la simpatía. Por la simpatía, la inteligencia se liberta de la subordinación exclusiva de su actividad al egoísmo, y por la inteligencia, aumenta el sentido de la solidaridad. El estado social favorece los sentimientos simpáticos. Desde el momento en que agranda sus sentimientos hasta el punto de que abarcan toda la especie, el individuo logra por esta expansión social la satisfacción de su necesidad de eternizarse, considerando la vida que se perpetúa por la especie como una continuación de su propia vida.

Aislado y tomado aparte, el individuo no es más que una abstracción. La unidad social es la familia, en la cual aparecen los primeros gérmenes de las disposiciones que caracterizan el organismo social. El individuo aprende en ella á sobreponerse á sí mismo, á vivir en otro, aun obedeciendo á sus instintos más imperiosos. Es la sociedad más íntima; una unión, no una *asociación*. La cooperación desempeña, sin duda, igualmente un oficio en la familia, pero no el oficio principal, como en las sociedades más vastas, que están fundadas sobre el trabajo común y sobre la división del trabajo. Al ejecutar un trabajo definido, todo individuo, toda familia, realiza obra social. La autoridad que dirigirá esta obra, debe salir de la sociedad misma y fundar su poder en la confianza que inspira y en la adhesión espontánea que encuentra. Toda sociedad tendrá fatalmente un gobierno. En la vida individual, son los instintos personales los que predominan; en la familia, la simpatía; pero en las sociedades más vastas, son esencialmente las capacidades intelectuales las que compondrán el elemento de organización. Cierta comunión intelectual, es necesaria á una sociedad; la cooperación de intereses y la simpatía inmediata, no bastan. La ciencia positiva tiene mucha utilidad para la ética, porque importará precisar lo más exactamente posible la influencia real, directa ó indirecta, que tienen cada acción, cada incli-

nación ó cada sentimiento sobre la existencia humana, tanto sobre los individuos aislados, como sobre la sociedad entera.

Según Comte, el catolicismo ha tenido el gran mérito de emancipar la moral de la política, á la cual estaba absolutamente subordinada durante el período politeísta. Esta emancipación encontró su expresión en la teoría de los dos poderes y en la independencia del poder espiritual respecto del poder temporal. Pero el catolicismo se manifestó incapaz de satisfacer las necesidades intelectuales crecientes de los hombres, y la crítica metafísica comenzó su obra de descomposición. Al mismo tiempo, el catolicismo favorecía el egoísmo, no haciendo ocuparse al individuo más que de su propia salvación, lo cual, seguramente, llegó á ser para la Iglesia un poderoso resorte; pero impidió el desenvolvimiento libre y puro de los sentimientos simpáticos y generosos. Sólo la tendencia positiva favorece directamente la expansión de estos sentimientos, enseñando que todo nuestro progreso se realiza *en los límites* de la sociedad, de suerte que el individuo, pero no la sociedad, es una abstracción. En la vida social, las inclinaciones egoístas deben ser refrenadas de muchas maneras; sólo los instintos sociales pueden desarrollarse libremente, y el excedente de actividad, con el cual se abre un horizonte ilimitado, encierra un manantial de felicidad, de satisfacción exterior, que es independiente de las recompensas exteriores. El concepto de deber proviene de este espíritu colectivo que la filosofía realiza, y que muestra en el individuo aislado un miembro de la especie entera, de suerte que sus reglas de conducta deben desprenderse de un orden universal de las cosas y no de los intereses puramente individuales. La idea más elevada en el dominio de la ética es la idea de la humanidad como tal, cuyo desenvolvimiento está determinado sin cesar por la cooperación de todos los órganos individuales y sociales. Comte ataca la separación profunda entre las funciones privadas y las funciones públicas. Sostiene que esta distinción es puramente empírica, y sólo aparece en los períodos de transición, cuando una civilización nueva está en vías de

formación y es difícil á los elementos nuevos encontrar un puesto. No se encontraba entre los griegos ni entre los romanos, como tampoco en la teocracia de la Edad Media; apareció hacia fines de la Edad Media, sobre todo desde que se inició la dirección industrial que se produjo después de la abolición de la esclavitud. Desde esta época, las masas del proletariado no han sido realmente incorporadas al sistema social. Y sólo esta incorporación va acompañada del justo sentimiento de dignidad personal, que consiste en sentir que se colabora en un gran todo. Algún día este sentimiento ennoblecerá la ocupación más humilde, cuando la educación positiva haya hecho nacer la conciencia de que todo esfuerzo individual tiene su importancia para la sociedad entera.

Comte tenía la convicción de que, provisionalmente, bastaba poner calma en la política, evitar los grandes trastornos políticos, para que las ideas, los sentimientos y las costumbres pudiesen sufrir la modificación necesaria que ocasionaría el estadio positivo. Las mayores dificultades sociales no consistían, á su juicio, en la política, sino en la moral, y no pueden solucionarse más que por la influencia de las ideas y de las costumbres. El concepto de deber triunfa, naturalmente, en él sobre el concepto de derecho. No se podría extraer propiamente de su filosofía una filosofía del derecho y una doctrina del Estado. Cree, en efecto, que las instituciones se desarrollarán con facilidad, una vez modificadas las ideas y las costumbres. Se advierte aquí (y eso desde su primer obra) una tendencia utópica, que contrastaba con la gran importancia concedida á los derechos individuales durante el período anterior, y que contrastaba con las numerosas luchas constitucionales que preocupaban en esta época. Creía que «una dictadura progresiva», relativamente corta, bastaría para hacer madurar las ideas y los sentimientos necesarios para que el Occidente pudiese adquirir instituciones sociales durables, y para que la gran Revolución tuviera su contrapeso positivo.

§) *Dinámica social*.—Conocemos ya una ley importante de

la dinámica social: la ley de los tres estados. Como Comte demuestra, el progreso es más visible en el dominio intelectual. A los diversos estadios del progreso intelectual, corresponden, no obstante, como hemos indicado al exponer los tres estados, diferentes grados de evolución en el orden social y político. Al estado teológico corresponde el estado *militar*. Su importancia reside en la regularidad y en la disciplina, que se inculcan y se desarrollan; condiciones necesarias de una organización política. Las fuerzas se concentran alrededor de fines comunes de una necesidad urgente. La primera autoridad moral ha debido, naturalmente, ser teológica; del mismo modo los primeros gobiernos han debido ser, naturalmente, militares. Sólo la fuerza exterior podía constituir y conservar la unidad. Y sólo la guerra permite á la sociedad desarrollarse en sus primeros grados de progreso. La guerra ocasiona, en cambio, la servidumbre; para que los guerreros pudiesen disponer libremente de su fuerza, los trabajos materiales debían ser hechos por esclavos. Al período de transición, que se designa desde el punto de vista intelectual con el nombre de período metafísico, corresponde, en el dominio político y social, un período durante el cual los *jurisconsultos* ejercen su poder. Una organización militar defensiva ocupa el puesto de la organización ofensiva anterior. El espíritu guerrero cede, poco á poco, al espíritu de producción. Las clases medias tratan de pasar á la primera fila y reclaman derechos políticos. Los leguleyos reinantes tienen la misión de equilibrar las diferentes aspiraciones. El estadio, la fase social en la cual nos encontramos aún, es un estadio de transición vago y turbado. Al estado positivo corresponde la fase *industrial*, en la cual las fuerzas productoras determinan el orden de las instituciones y el reparto del poder. Las cuestiones sociales ocupan ahora el lugar de las cuestiones políticas. Los proletarios descubren, poco á poco, que las revoluciones políticas no pueden resolver los grandes problemas sociales cuya acuidad sienten más. Naturalmente simpatizarán con la tendencia de la filosofía positiva á poner los deberes por encima de los

derechos, á fin de que la atención de todos los hombres se fije en la solución del problema, que es la tarea social verdadera: procurar á todos los medios de adquirir una cultura espiritual y el derecho al trabajo. Por eso existirán armonías naturales entre los proletarios y los filósofos positivos.

Esta demostración del progreso solidario de la humanidad es de gran importancia para la ética, que no entra así solamente á formar parte de la estática social, sino también de la dinámica social. No solamente el sentimiento social resulta fortificado por la demostración del progreso solidario; una parte esencial del contenido de la ética no puede determinarse más que sobre una base dinámica. Porque la ética tiene por objeto contribuir al desarrollo de las cualidades, especialmente humanas, como contrapeso de las cualidades animales y vegetativas. Y en eso la ética tiene su base, no solamente en la ciencia de la dinámica social de los diferentes estados, sino en los resultados de la biología comparada, que demuestran que, cuanto más se asciende en la serie de los animales, más importancia toman las funciones animales en comparación de las funciones vegetativas. En el hombre se desarrollan, sucesivamente, las cualidades específicamente humanas; la inteligencia y la sociabilidad, conjuntamente con las cualidades animales, lo que Comte expresa (asociándose á la frenología de Gall) diciendo que la región frontal del cerebro está más desarrollada que la parte que se enlaza á la médula espinal. Comte cree, para el género humano, en un desarrollo constantemente progresivo de la inteligencia y de la simpatía (altruismo); condición para que el individuo particular pueda identificarse con la especie. Al declararse contra la teoría de la evolución de Lamarck, Comte desconoce la gran influencia que el ejercicio regular é incesante opera sobre las facultades y las funciones. Las tendencias nobles de nuestra naturaleza se desarrollarán, cada vez más, por la vida social; los malos instintos se debilitarán progresivamente, ya por el dominio de sí mismo, ya por la falta de ejercicio, ó también se verán, poco á poco, constreñidos á ponerse al servicio del